

Sebastian Barry

TIEMPO INMEMORIAL

Traducido del inglés por Laura Vidal

Título original: *Old God's Time*

Este libro se ha publicado con el apoyo de
Literature Ireland.



Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Sebastian Barry, 2023
© de la traducción: Laura Vidal, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-411-4
Depósito legal: M. 17.014-2023
Printed in Spain

A mi hijo, Merlin

«¿Querrá el unicornio servirte a ti?»

Libro de Job

En algún momento de los sesenta, el señor Tomelty había construido un anexo incongruente a su castillo victoriano. Era un apartamento de tamaño modesto, pero con detalles agradables y apropiados para un pariente putativo. La carpintería al menos era excelente y una de las paredes estaba revestida de algo llamado «panel decorativo», cuyo barniz captaba la luz y la mutaba en oscuridades marrón claro.

Aquel apartamento, con su pequeño dormitorio lleno de eco, su diminuto recibidor, unos cientos de libros todavía en cajas y los dos viejos estuches de armas de sus años en el ejército, era el lugar hasta el que Tom Kettle había llegado, en sus propias palabras, «arrastrado por la marea». Los libros le recordaban —algo que últimamente él no siempre conseguía— sus antiguas aficiones. La historia de Palestina, de Malasia, viejas leyendas irlandesas, dioses descartados, un puñado de materias aleatorias en las que en un momento u otro había metido su inquisitiva nariz. El enérgico sonido del mar bajo el ventanal fue lo que lo atrajo en un primer momento, pero todo en aquel lugar le agradaba: la arquitectura pseudogótica, incluido el innecesario almenado del tejado, el seto perimetral cuadrado en el jardín que creaba un cortavientos y también una solana, la escollera de granito en el batiente, la isla que acechaba a poca distancia, incluso las maltrechas tu-

berías de desagüe que sobresalían del agua. Las apacibles pozas de marea le recordaban al niño siempre propenso al asombro que había sido una vez, sesenta años antes; los gritos lejanos de los chiquillos que jugaban ahora en sus jardines invisibles creaban una suerte de contrapunto vagamente doloroso. El dolor difuso era su fuerte, pensó. El aguacero, el sol a raudales, los pobres y heroicos pescadores bogando contra la feroz corriente para volver al puertecito de piedra, tan pulcro y bonito como el de New Ross, donde había trabajado siendo un policía muy joven... Todo le resultaba encantador. Incluso ahora, en invierno, cuando al invierno solo le interesaba su propia y antipática aspereza.

Le gustaba mucho sentarse en su butaca de mimbre desvaída por el sol justo en el centro del cuarto de estar, con los pies apuntando al conmovedor murmullo del mar, y fumarse sus puritos. Mirar los cormoranes en las florituras de roca negra a la izquierda de la isla. El vecino del chalé contiguo había instalado una horquilla de tiro en su balcón y algunas tardes a última hora disparaba a los cormoranes y a las gaviotas cuando estaban inocentemente posados en las rocas, creyéndose a salvo de los asuntos humanos. Unos pocos caían igual que patos de un barracón de feria. Todo lo pacífica y silenciosamente que se puede hacer algo así. Tom no había ido nunca a la isla, pero en verano había mirado a los grupos que se dirigían allí en botes. Los barqueros inclinados sobre los remos, la corriente que embestía las quillas. No había ido, no tenía deseos de ir, le bastaba con mirar. Nada más. En su opinión, en eso consistían la jubilación, la existencia: en ser estacionario, feliz e inútil.

Aquella plácida tarde de febrero, unos golpes en la puerta alteraron la paz de su nido. En los nueve meses que llevaba viviendo allí, ni un alma lo había molestado, a excepción del cartero y, en una peculiar ocasión, el señor Tomelty en perso-

na, vestido con ropas de jardinero, para pedirle una taza de azúcar, que Tom no había podido darle. Nunca tomaba azúcar porque tenía principio de diabetes. Aparte de eso, había estado a solas con su reino y sus pensamientos. Aunque ¿por qué decía eso si su hija lo había visitado varias veces? Claro que de Winnie nunca podría decirse que lo molestará y, en todo caso, era su deber recibirla. Su hijo no venía nunca, nunca se desplazaba hasta allí, no porque no quisiera, sino porque vivía y trabajaba en Nuevo México, cerca de la frontera con Arizona. Era médico suplente en uno de los *pueblos*¹.

El señor Tomelty había dividido su propiedad en segmentos: la casa de Tom, el apartamento de la Sala de Audiencias y, por supuesto, el apartamento de la Torreta, actualmente —y de forma repentina— ocupado por una madre joven y su hijo llegados de noche en lo más crudo del invierno antes de Navidad, durante una de las poco frecuentes nevadas. No había duda de que el señor Tomelty era un casero eficiente. Desde luego dinero no le faltaba, pues era propietario de aquella finca, Queenstown Castle, y también de un imponente hotel en el paseo marítimo de Dunleary llamado The Tomelty Arms, un nombre bastante aristocrático. Pero su aspecto en un día normal, al menos por la experiencia de Tom, era el de un jardinero encorvado por los años que bajaba por el camino bajo el ventanal empujando una carretilla que chirriaba igual que el personaje de un cuento infantil. El viejo señor Tomelty se había pasado todo el verano y el otoño buscando maleza, encontrándola y transportándola hasta su creciente pudridero. Solo el invierno había interrumpido su tarea.

Los golpes en la puerta se repitieron sin piedad. Y por si fuera poco, también sonó el timbre. Y otra vez. Tom despegó su cuerpo voluminoso y fuerte de la silla con presteza, como

¹ En español en el original. (*N. de la T.*)

obedeciendo al instinto del deber, o quizá solo al de la mera humanidad. Pero en su fuero interno se sintió irritado. Sí, se había encariñado con aquella inactividad e intimidación tan interesantes. Quizá demasiado, pensó, y el sentido del deber seguía acechando dentro de él. La precaria exigencia de cuarenta años en la policía, a pesar de todo.

Por la puerta acristalada vio las siluetas de dos hombres, posiblemente con traje oscuro, pero era difícil saberlo porque el enorme rododendro que tenían detrás les prestaba un halo oscurísimo y, además, la luz del día empezaba a perder su poder sobre las cosas. Aquellas eran las pocas semanas en que el rododendro florecía de verdad, a pesar del viento, del frío y de la lluvia. Tom reconoció la incomodidad en el lenguaje de las dos siluetas incluso a través del cristal esmerilado. El lenguaje corporal de personas que no estaban seguras de ser bien recibidas. Mormones quizá.

La puerta principal no estaba bien encajada y el borde inferior arañaba siempre el suelo con gran estrépito. En la baldosa había una desafortunada marca en forma de abanico. Tom abrió, la puerta emitió su chirrido metálico y entonces, para su sorpresa, se encontró con dos jóvenes agentes de su antigua unidad. Verlos lo desconcertó y también alarmó un poco, pero los reconoció enseguida. No tanto como para saberse sus nombres, pero casi. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Llevaban ese inconfundible atuendo de paisano que dejaba clarísimo que no lo eran. Tenían las caras mal afeitadas propias de quienes madrugan mucho y había algo en ellos que, le gustara o no, transportaba de vuelta a Tom a sus primeros años de policía, a esa inocencia improbable.

—¿Qué tal está, señor Kettle? —preguntó el de la derecha, una simpática mole de joven con una pincelada a modo de bigote que, a decir verdad, le daba un toque hitleriano—. Espero que no le moleste que hayamos venido.

—Pues claro que no. Qué me va a molestar. En absoluto —dijo Tom esforzándose por disimular su mentira—. Bienvenidos. ¿Pasa algo? —Eran muchas las ocasiones en que él mismo había tenido que comunicar malas noticias a personas en sus casas, sacar a personas de sus pensamientos privados, de ensoñaciones íntimas a las que, inevitablemente, él solo iba a añadir preocupaciones. Las caras esperanzadas, inquietas, la escucha atónita, en ocasiones el terrible llanto—. ¿Queréis pasar?

Querían. Una vez dentro, dijeron sus nombres —el corpulento era Wilson, y el otro, O'Casey; a Tom le pareció recordarlos a medias— e intercambiaron frases corteses sobre el mal tiempo y lo acogedor de la casa. «Muy hogareña», dijo Wilson, y a continuación Tom se puso a preparar té en la cocina estrecha y alargada como la de un barco. Que de hecho podría haber sido la de un barco. Pidió a Wilson que encendiera la luz del techo y este, después de escudriñar unos segundos, localizó el interruptor y obedeció. La débil bombilla era de solo cuarenta vatios, tendría que hacer algo al respecto. Pensó en disculparse por no haber sacado aún los libros de las cajas, pero no dijo nada. Los dos jóvenes se sentaron cuando Tom los invitó a hacerlo e intercambiaron comentarios amables sobre la profesión desde el otro lado de la cortina de cuentas con esa alegre naturalidad propia de los hombres que tienen un oficio peligroso. El peligro es al policía lo que la sal al mar. Se dirigían a Tom en un tono bastante informal, pero también respetuoso, seguramente en atención a su antiguo rango y quizá también al hecho de que lo hubiera perdido.

Ya mientras hablaban, Tom sintió la obligación para con cualesquiera que fueran los dioses que gobernarán aquel falso castillo de mirar de vez en cuando hacia el mar color cobre oscuro que, para entonces, una oscuridad peor empezaba a

borrar trocito a trocito. Eran las cuatro de la tarde y la noche llegaba a hurtadillas para apoderarse de todo, hasta que solo las luces mortecinas de las farolas del puerto de Coliimore se reflejaban a unos cuantos metros agua adentro, moteando las oscurecidas olas. El fanal de Muglins pasada la isla pronto se encendería y, más mar adentro aún, a una profundidad que le era desconocida, a lo lejos, en el horizonte, el faro de Kish también empezaría a barrer con diligencia las agitadas profundidades con su potente luz. Pensó en los peces que habría allí, acechando igual que ladronzuelos. ¿Había marsopas en esta época del año? Congrios enroscados en la oscuridad. Abadejos con sus cuerpos apáticos y su indiferencia a ser pescados, como criminales fracasados.

Pronto la tetera y las tazas estuvieron sobre una mesita de madera tallada de estilo indio que Tom había ganado en un torneo de golf tiempo atrás. Los jugadores buenos, Jimmy Benson y ¿cómo se llamaba aquel otro?, McCutcheon, habían cogido la gripe, de manera que su discreto talento había sido el responsable del triunfo. Siempre sonreía al recordar aquello, pero ahora no. La bandeja barata mejoraba con la luz hasta parecer de plata.

Le preocupaba un poco no tener azúcar que ofrecerles.

Giró la butaca de mimbre para estar frente a ellos, convocó a su viejo y amistoso yo que no estaba seguro de conservar, se sentó en los juncos desvencijados y sonrió de oreja a oreja. Notó una leve resistencia antes de que su sonrisa alcanzara la anchura de antaño. La acogida plena, el entusiasmo pleno, la energía plena se le antojaban, sin saber muy bien por qué, arriesgados.

—Nos ha dicho el jefe que igual podría ayudarnos con algo —dijo el segundo hombre, O’Casey, que quizá por contraste resultaba alto y flaco, con esa excesiva delgadez por culpa de la cual era probable que toda la ropa le que-

dara grande, para desesperación de su mujer, si es que la tenía.

Tom se limitó a dejar que el té infusionara en la tetera unos segundos y meneó la cabeza. Cuando su amigo el inspector Butt llegó de Bombay en los años setenta y trató de descifrar la extrañeza de la policía irlandesa —que no llevaran armas era algo que Ramesh no lograba entender—, Tom había sido testigo de ese hipnótico movimiento de la cabeza y, sin saber por qué, lo había adoptado. Venía con la mesita.

—Sí, por supuesto —dijo—. Estoy aquí para ayudar, ya se lo dije a Fleming.

Y sí, por desgracia, eso le había dicho al comisario Fleming cuando salía por la puerta en su último día en Harcourt Street, con un dolor de cabeza atroz después de la despedida de la noche anterior. No de beber, él era abstemio, sino de haberse acostado de madrugada. La «madre» de June, la mujer de Tom, la temida señora Carr, los escandalizaba a ambos cuando no eran más que una pareja joven con hijos al insistir en que esos niños, Joe y Winnie, tenían que irse a la cama a las seis hasta que cumplieran los diez años. La señora Carr era una arpía, pero en eso tenía razón. Sin sueño no había salud.

—Ha surgido algo y el jefe ha pensado que su punto de vista podría sernos útil —dijo el detective—. Así que... pues eso.

—Mira tú —dijo Tom no sin interés, pero al mismo tiempo con una extraña sensación de renuencia y temor incluso, muy en su fuero interno—. Lo cierto es, muchachos, que no tengo puntos de vista... O al menos eso intento.

Los dos agentes rieron.

—Vale —dijo O'Casey—. Ya nos avisó el jefe de que diría algo así.

—¿Qué tal está el jefe? —preguntó Tom en un intento por llevar la conversación a un terreno neutral.

—Pues como una rosa. No hay quien acabe con él.

—No.

Aquello era probablemente una alusión al encontronazo con una doble neumonía que había sufrido el jefe después de que dos matones lo tuvieran una noche entera amordazado en un prado de Wicklow. Lo encontraron al pobre más muerto que vivo. Lo mismo podía decirse de los matones cuando terminaron con ellos en la comisaría, que Dios los perdonara a todos.

Tom sirvió el té y ofreció delicadamente las tazas a los agentes con manazas decididas a no derramar una gota. Le pareció que Wilson buscaba los azucarillos, pero no los iba a encontrar. Desde luego, no en aquella casa.

—Habéis hecho un largo camino, todo un viaje, sí. Me doy cuenta. Pero... —dijo.

Iba a añadir algo, pero no encontró palabras en su boca. «Es hora de que me dejéis solo» es lo que quería decir. Que dejaran tranquilos a los hombres jubilados, que trabajaran los jóvenes. Tom había tratado con villanos durante toda su vida profesional. Después de unas cuantas décadas de un trabajo así, tu fe en la humanidad acaba por los suelos. Es un entierro prematuro que antecede al de verdad. Pero quería creer de nuevo, en algo. Quería disfrutar de aquella abundancia de minutos, al menos los que le quedarán. Quería...

Al otro lado de la ventana, una gaviota bajó en picado hasta la parte inferior del marco, una repentina mancha blanca en el rabillo del ojo de Tom en una caída libre tan abrupta que le hizo dar un respingo. Por supuesto, en aquella época del año el viento del mar solía arreciar después de irse el sol y azotaba las paredes de la casa, cogiendo desprevenidas incluso a las gaviotas. Aquella era tan extravagantemente blanca, iluminada solo por la luz de la habitación, tan fuera de control, como un suicidio o una ejecución, que por un mo-

mento lo descolocó. En cambio, ni Wilson ni O'Casey dieron muestras de verla, y eso que estaban más o menos frente a la ventana. Solo vieron a Tom con expresión sobresaltada. Tom se dio cuenta de que Wilson recalibraba de forma instintiva, que decidía cambiar de táctica. Las enseñanzas de la vieja academia de Phoenix Park surtían efecto. No espantar al testigo. Claro que Tom no era un testigo. ¿O sí?

Wilson se arrellanó en su silla y dio tres sorbos a su té. Tom pensó que era probable que no le gustara. No estaba lo bastante infusionado para un poli. Ni lo bastante frío ni lo bastante cargado. Tampoco lo bastante dulce.

—Una cosa le voy a decir: tiene usted una casa muy acogedora —dijo Wilson.

—Pues sí —dijo Tom todavía con un atisbo de susto en la voz—. Así es.

Wilson daba la impresión de querer establecer cierta intimidad con él. De intentarlo por ese lado. Seguro que cree que estoy gagá, pensó Tom. Que no tengo nada que hacer excepto quitarles el plástico a lonchas de queso. O'Casey se bebió su té de un único y rápido trago, igual que bebe whisky un vaquero.

—¿Sabía usted —dijo Wilson— que, cuando murió mi madre (éramos unos críos mi hermana y yo), mi padre quiso venirse a vivir aquí? Las casas en el pueblo estaban baratas, pero no había hospital. El más cercano estaba en Loughlinstown, y mi padre, no sé si lo sabe, era enfermero de noche, así que...

—Vaya por Dios —dijo O'Casey con esa sinceridad que solo se permite un amigo—, siento lo de tu madre.

—No, no pasa nada —dijo Wilson efusiva, generosamente—. Yo tenía once años. Mi hermana, en cambio, solo cinco. Para ella fue una mierda.

Lo que fuera que pretendiera conseguir Wilson con aquella confidencia quedó en parte truncado por la melancolía

que recorrió sus facciones, como si, a pesar de su resiliencia a los once años, estuviera sintiendo ahora la pena, quizá incluso por primera vez. Ninguno de los tres habló. «Negra como la pez» era una expresión que no describía la oscuridad de la ventana. Tom pensó en alquitrán derritiéndose en bidones, en peones camineros. Ese hedor acre tan grato. Habría descrito las cortinas, pensó, de haber tenido cortinas. Es lo que hacían en las películas. En su lugar, se levantó, fue hasta su pequeño escritorio y encendió la lámpara que había sobre él. Era pequeña y marrón, con un botón en la base lastrada que la encendía y apagaba. Aquella lámpara lo había acompañado a seis casas distintas. Cuando Joe no era más que un bebé y le costaba dormir, Tom se tumbaba en la otra cama con él sobre el pecho y a Joe le encantaba apretar el botón, una y otra vez, apagaba y encendía, porque le gustaba oír el clic. Tom acostumbraba a desenchufarla antes, no era cuestión de que aquello pareciera una discoteca. Era agradable tener a aquel bebé largo y cálido —con solo un año ya era larguísimo— encima de él mientras los dos se iban quedando más y más adormilados. A veces tenía que venir June a despertarlo y acostar a Joe en la cuna. Parecía que hacía siglos de aquello, pero el suave clic le seguía produciendo placer. Menuda bobada. Les tenía cariño a sus escasas posesiones, eso era cierto. Casi se rio, no fue una verdadera carcajada, más bien un cloqueo controlado, porque, aunque le hacía gracia su reacción, también pensaba en lo que había dicho Wilson. Wilson había dejado a su madre muerta flotando en el ambiente, a su madre y también las dificultades a las que se había enfrentado su hermana. Se preguntó qué aspecto tendría la hermana. Otra bobada. Tenía sesenta y seis años. No buscaba esposa. ¡Pero si se había casado con una preciosidad de chica! Eso no se lo habían arrebatado. Era morena, como Judy Garland. Todo eso se había terminado para él. Pero un policía, con esas jor-

nadas laborales tan largas, que a las seis de la tarde está demasiado cansado para nada que no sea tomar unas pintas con los compañeros, se acostumbra a estar ojo avizor a hermanas de compañeros guapas, solo por si suena la flauta. Como si le hubiera leído el pensamiento, Wilson dijo:

—Mi madre fue una gran belleza.

Esto lo dijo con voz normal, sin la inflexión del dolor. Se había recuperado enseguida.

—¿No os mudasteis, entonces? —preguntó O’Casey.

—No, qué va. Nos quedamos en Monkstown. Eso hicimos, quedarnos en Monkstown.

Wilson no se playó sobre si aquella había sido o no una decisión acertada. Tom estuvo a punto de preguntarle si su padre seguía vivo, pero se contuvo. ¿Para qué quería saber algo así? No quería. Supuso que a aquellas alturas la hermana estaría casada. Esperó que le fuera bien. ¿Y eso por qué, por el amor del cielo? Si no sabía nada acerca de ella. Su madre había sido guapa y había muerto. Supuso que la hermana también podía ser una belleza. Era probable. Le pareció ver a la madre con el ojo de su imaginación, llevando un vestido ligero de verano, bronceada pero insustancial, como un fantasma. Claro que ahora era un fantasma. Carraspeó para expulsar una flema que de pronto quería ahogarlo, en castigo quizá por sus miserables pensamientos. Rio y los dos hombres rieron con él. Luego estuvieron un rato sin decir nada. Tom no sabía qué hacer. ¿Debería ofrecerles algo de cenar? ¿Tostada de pan con queso, señores? Mejor no. ¿O sí? Era posible que quedaran unas rebanadas de pan en el fondo de la nevera. Tenía un poco de pollo guisado del martes, de eso estaba seguro al noventa y nueve por ciento.

Quizá ahora le explicaran por qué habían venido. Podía haber mil razones. Una larga lista de iniquidades. Volvió a su silla, se llevó la taza a los labios en un gesto automático y

comprobó que el té se había quedado frío. Ah, sí. Asintió con la cabeza mirando a Wilson como si estuviera sopesando la información que este les había dado. Y la estaba sopesando. Perder a tu madre. Te mata y encima tienes que seguir viviendo. La expresión de Wilson era radiante, como en el umbral de la sabiduría, como si estuviera a punto de hacer un comentario que lo dilucidaría todo y liberaría a sus interlocutores. Tom lo escrutó con esa mirada imprecisa que había aprendido y mediante la cual la persona observada apenas es consciente de estar siendo estudiada. Cuando era detective en activo siempre había estado atento a los comentarios casuales. Durante un largo interrogatorio, cuando el sospechoso estaba cansado y quizá empezaba a sentirse derrotado, a notar las pequeñas punzadas de culpa clavándosele en la cabeza, o en el corazón tal vez, podía hacer comentarios repentinos, o fortuitos, o en apariencia sin sentido que, sumados, en ocasiones resultaban inesperadamente útiles. Pequeños portales, trampillas incluso, a la cada vez más atractiva salida que suponía confesar. Atractiva para el delincuente. A pesar de que con la confesión vendrían los verdaderos problemas. Huy, sí. Deseabas tanto una condena que te dolía, como si te dieran varios pequeños infartos seguidos.

Pero Wilson insistía en su silencio. Ardía con él como una humilde vela.

—Seguro que Monkstown es igual de agradable —dijo O’Casey.

—La madre de mi mujer también murió joven —dijo Tom, pensativo—. Como la mía, creo. —De pronto se sentía incómodo, porque lo cierto era que no tenía ni idea, solo era una sospecha, algo que, en cierta manera, incluso deseaba—. Sí, señor, es muy duro.

—Ya lo creo que lo es —confirmó Wilson—. Pero bueno, señor Kettle...

—Tom —lo corrigió este.

Tres madres muertas, quizá dos, flotaron entre ellos durante unos instantes.

—Tom. Mire, traigo los informes en el bolsillo —dijo Wilson, y metió la mano derecha en el abrigo y sacó un sobre alargado que estaba sorprendentemente mugriento para ser un documento oficial. Estuvo unos instantes con la vista fija en el papel marrón sucio y dio la impresión de que necesitara hablar consigo mismo. Tom lo vio mover los labios, igual que cuando las personas contestan en misa. Wilson se rebulló en su silla como preparándose para el asalto, buscando la compostura pero sin lograrla de momento. O'Casey, flaco, calmado, con la pierna izquierda como expulsada del cuerpo, el zapato retorcido en lo que parecía un doloroso escorzo, parecía cohibido, como si estuviera sufriendo por su colega. Eran pequeños momentos como aquellos los que le decían a Tom que O'Casey era menos veterano que Wilson, aunque sin duda no demasiado.

—Casi me da vergüenza enseñarle estos informes —dijo Wilson—. Me da vergüenza. Es un asunto de lo más desagradable.

Ahora sí que a Tom se le cae el alma a los pies. A las zapatillas. Acaba de darse cuenta de que va en zapatillas. Quizá debería haberse puesto los zapatos antes de abrir la puerta; ni se le ocurrió. Debía de parecer algo caduco de esa guisa. ¿En qué estado se encontraban sus pantalones? Bajó la vista al par marrón que más se ponía y lo cierto es que no le habría venido mal pasar por la lavadora. La vieja camisa de cuadros, el chaleco con pruebas del delito: restos de las cenas de las últimas semanas. Por lo menos había ido a la barbería a cortarse el pelo, algo es algo, y se afeitaba todas las mañanas sin excepción. Mientras lo hacía acostumbraba a cantar *Tipperary* y valoraba los hábitos por encima de todas las cosas, siempre que fueran suyos y razonablemente irlandeses.